

el trabajo no puede encontrar en sus propios productos su recompensa, léjos de alentársele, debe abandonársele lo más pronto posible; y si por lo contrario da un producto neto, es absurdo añadir á este provecho un don gratuito, recargando así el valor del servicio. Aplicando, pues, este principio, digo: Si el servicio de la marina mercante no reclama sino 10.000 marineros, no debe pedírsele que mantenga 15.000: el camino más corto para el gobierno, es embarcar 5.000 reclutas en buques del Estado, y hacerles viajar como unos príncipes. Todo estímulo á la marina mercante, es una invitacion directa al fraude, ¿qué digo? una propuesta de salario para un servicio imposible. ¿Permiten acaso esas agregaciones de un personal inútil, ni las maniobras, ni la disciplina, ni las demás condiciones del comercio marítimo? ¿Qué puede hacer, pues, el armador viendo que el gobierno le ofrece una prima para el caso en que embarque en su buque gente de que no necesita? Si el ministro tira el dinero del Tesoro por la ventana, ¿soy yo acaso culpable en recogerlo?...

Así, cosa muy para notada, la teoría de los estímulos dimana en línea recta de la teoría del sacrificio; y por no querer que el hombre sea responsable, los adversarios de la concurrencia, llevados de la contradicción fatal de sus ideas, se ven obligados á hacer del hombre, tan pronto un Dios como un bruto. ¡Y se extrañan luego de que la sociedad sea sorda á sus voces! ¡Pobres niños! los hombres no serán jamás ni mejores ni peores de lo que los veis y fueron siempre. Desde el momento en que los agujonea su bien particular, abandonan el bien público; en lo cual, si no los encuentro dignos de grande honor, los encuentro por lo ménos dignos de excusa. Vuestra es la culpa, si tan pronto les exigís más

de lo que os deben, como excitáis su codicia con recompensas que no merecen. El hombre no tiene nada más precioso que él mismo, ni por consiguiente, más ley que su responsabilidad. La teoría de la abnegación, del mismo modo que la de las recompensas, es una teoría de pícaros que subvierte la sociedad y la moral; y por lo mismo que esperais ya del sacrificio, ya del privilegio, la conservacion del orden, creais en la sociedad un nuevo antagonismo. En vez de hacer surgir la armonía de la libre actividad de los individuos, haceis extraños, el uno para el otro, el hombre y el Estado: con mandar la union, no haceis más que atizar la discordia.

En resúmen, fuera de la concurrencia, no hay más que esta alternativa: el estímulo, una mistificación; ó el sacrificio, una hipocresía.

La concurrencia, analizada en su principio, es por lo tanto, una inspiracion de la justicia, y sin embargo, vamos á ver como es injusta en sus resultados.

§ II. Efectos subversivos de la concurrencia, y destruccion por ella de la libertad.

*El reino de los cielos se gana por la fuerza, dice el Evangelio, y sólo los violentos lo hacen suyo.* Estas palabras son la alegoría de la sociedad. En la sociedad regida por el trabajo, están puestas á concurso la dignidad, la riqueza y la gloria: son la recompensa de los fuertes, y cabe muy bien definir la concurrencia, diciendo que es el régimen de la fuerza. Los economistas antiguos no habian advertido esta contradicción: los modernos se han visto obligados á reconocerla.

«Para levantar un Estado del último escalon de

la barbarie al primero de la opulencia, escribía A. Smith, no se necesitan sino tres cosas: la paz, contribuciones moderadas, y una regular administración de justicia. Todo lo demás viene por el *curso natural de las cosas*.»

Sobre lo cual, el último traductor de Smith, el Sr. Blanqui, escribe esta sombría glosa: «Hemos visto el curso natural de las cosas, produciendo efectos desastrosos, creando la anarquía en la producción, la guerra en los mercados, y la piratería en la concurrencia. La división del trabajo y el perfeccionamiento de las máquinas que debían procurar á la gran familia obrera del género humano la conquista de algunos ratos de ocio en provecho de su dignidad, no han producido en muchos puntos sino el embrutecimiento y la miseria... Cuando escribía A. Smith, no había aún venido la libertad con sus dificultades y sus abusos, y el profesor de Glasgow no preveía más que sus dulzuras... Smith habría escrito como el Sr. de Sismondi, si hubiese sido testigo del triste estado de Irlanda y de los distritos fabriles de Inglaterra en los tiempos en que vivimos.»

Levantaos, pues, literatos, hombres de Estado, publicistas cotidianos, creyentes y semi-creyentes, vosotros todos, que os habeis dado la tarea de aleccionar á los hombres: ¿oís esas palabras que parecen traducidas de Jeremías? ¿nos direis por fin á dónde pensais conducir la civilización? ¿Qué consejo dais á la sociedad, á la patria alarmada?

Pero ¿con quién estoy hablando? ¿con ministros, periodistas, sacristanes y pedantes! ¿Se acuerdan acaso esas gentes de los problemas de la economía social? ¿Han oído siquiera hablar de la concurrencia?

Un leonés, un alma endurecida en las guerras mercantiles, viaja por Toscana. Observa que se fa-

brican actualmente en ese país de quinientos á seiscientos mil sombreros de paja, que componen entre todo un valor de 4 á 5 millones. Constituye allí esta industria, casi el único modo de vivir de las últimas clases del pueblo... «¿Cómo, dice entre sí, un cultivo y una industria tan fáciles, no han sido aún trasladados á Provenza ó al Languedoc, cuyo clima es igual al de Toscana?» — Mas á propósito de esto, pregunta un economista: ¿qué harán para vivir los campesinos de Toscana si se les arrebatara su industria?

La fabricación de los satenes negros, había llegado á ser para Florencia una especialidad, cuyo secreto conservaba preciosamente. «Un hábil fabricante de Leon, observa con satisfacción el viajero, vino á establecerse en Florencia, y ha concluido por apoderarse de los procedimientos propios para teñirlos y tejerlos. Este *descubrimiento* disminuirá, según todas las probabilidades, la exportación florentina.» (*Viaje á Italia* por el Sr. Fulchiron).

En otro tiempo, no criaban el gusano de seda sino los campesinos de Toscana, á quienes ayudaba á vivir. «Han venido las sociedades de agricultura, y han hecho presente que el gusano de seda no tiene en la alcoba del labrador ni suficiente ventilación, ni una temperatura bastante igual, ni está cuidado con la inteligencia que lo estaría si hubiese quien tomase el criarlo por oficio. En su consecuencia, ciudadanos ricos, inteligentes y generosos, han construido con gran aplauso del público, lo que llaman *bigatieras* (de *bigatti*, gusano de seda).» (M. de Sismondi).

¡Y qué! se pregunta luego, ¿van acaso á perder su trabajo ni esos criadores de gusanos de seda, ni esos fabricantes de satenes y sombreros? — Pues ¿qué han de perder? hasta se les probará que están interesados en la reforma, puesto que podrán rescatar á

ménos precio los mismos artículos que hoy fabrican. Tal es la concurrencia.

La concurrencia con su instinto homicida quita el pan á una clase de trabajadores, y no ve en esto sino una mejora, una economía;—roba cobardemente un secreto, y se vanagloria de ello, como si hubiera hecho un *descubrimiento*;—cambia las zonas naturales de la produccion en detrimento de todo un pueblo, y pretende no haber hecho más que usar de las ventajas de su clima. La concurrencia trastorna todas las nociones de la equidad y de la justicia, aumenta los gastos reales de la produccion, multiplicando sin necesidad los capitales comprometidos, provoca uno tras otro la carestía de los productos y su envilecimiento, corrompe la conciencia pública substituyendo el juego al derecho, y mantiene en todas partes el terror y la desconfianza.

¡Mas qué! Sin ese atroz carácter, dejaria de producir la concurrencia sus más felices resultados; sin la arbitrariedad en los cambios y las alarmas del mercado, el trabajo no levantaria sin cesar fábrica contra fábrica, ni la produccion, entónces ménos aguijoneada, realizaria ninguna de sus maravillas. Despues de haber hecho surgir el mal de la utilidad misma de su principio, la concurrencia sabe de nuevo sacar el bien del mal: la destruccion engendra la utilidad, el equilibrio se realiza por medio de la agitation, y se puede decir de la concurrencia lo que Sanson decia del leon que habia derribado: *De comedente cibus exiit, et de forti dulcedo*. ¿Hay nada en todas las regiones de la ciencia humana más sorprendente que la economía política?

Guardémonos, sin embargo, de dejarnos llevar de un movimiento de ironía, que no seria por nuestra parte sino una injusta invectiva. Es propio de la ciencia económica encontrar su certidumbre en sus

contradicciones, y la falta de los economistas está toda en no haber sabido comprenderlo. Nada más pobre que su crítica, nada más triste que la confusion de sus ideas en cuanto tocan la cuestion de la concurrencia: diríase que son testigos obligados por el tormento á confesar lo que callar quisiera su conciencia. El lector me agradecerá, sin duda, que ponga ante sus ojos los argumentos del dejad pasar, haciéndole, por decirlo así, asistir á un conciliábulo de economistas.

Abre la discusion el Sr. Dunoyer.

El Sr. Dunoyer es entre todos los economistas el que más enérgicamente ha abrazado la parte positiva de la concurrencia, y por consiguiente, como era de esperar, el que peor ha apreciado su parte negativa. El Sr. Dunoyer, con quien no se puede tratar de lo que él llama los principios, está muy léjos de creer que en materia de economía política el sí y el nó puedan ser verdaderos á la vez y en un mismo grado; digámoslo en su elogio, una idea tal le repugna tanto más, cuanto que él es franco y leal en sus doctrinas. ¿Qué no haria yo por hacer penetrar en esa alma tan pura, pero tan terca, esa verdad, para mí tan clara como la existencia del sol, la de que todas las categorías de la economía política son contradicciones? En vez de agotar sus fuerzas inútilmente en conciliar la práctica y la teoría, en lugar de contentarse con la ridícula excusa de que todo tiene aquí abajo sus ventajas y sus inconvenientes, buscaria el Sr. Dunoyer la idea sintética en que todas las antinomias se resuelven; y de conservador paradójico que hoy es, pasaria á ser con nosotros revolucionario inexorable y consecuente.

« Si la concurrencia es un principio falso, dice el Sr. Dunoyer, síguese de ello que hace dos mil años que está la humanidad fuera de camino. »

No, no se sigue de ahí lo que V. dice; la observación de V., que es un prejuicio, está refutada por la teoría misma del progreso. La humanidad sienta sus principios de una manera sucesiva, y algunas veces á largos intervalos: jamás se desprende de ellos en cuanto á su contenido, por más que los destruya sucesivamente en cuanto á su expresión, á su fórmula. Esta destrucción toma el nombre de *negación*, porque la razón general, que siempre está en progreso, niega incesantemente la plenitud y la suficiencia de sus ideas anteriores. Así, siendo la concurrencia una de las épocas de la constitución del valor, uno de los elementos de la síntesis social, puede á la vez decirse con verdad que es indestructible en su principio y debe, sin embargo, en su forma actual ser abolida, negada. Si hay aquí, pues, alguien en oposición con la historia, es V., Sr. Dunoyer.

«Tengo que hacer sobre los cargos de que la concurrencia ha sido objeto varias observaciones. La primera es que ese régimen, bueno ó malo, ruinoso ó fecundo, no existe aún realmente, no se halla establecido en ninguna parte sino excepcionalmente y de la manera más incompleta.»

Esta primera observación carece de sentido. *La concurrencia mata la concurrencia*, hemos dicho al empezar este párrafo; y este aforismo puede muy bien ser tomado por una definición. ¿Cómo ha de ser jamás completa la concurrencia?—Por otra parte, aun cuando se concediera que la concurrencia no existe aún en toda su integridad, esto no probaría sino que la concurrencia no obra con toda la fuerza eliminadora que tiene; en nada cambiaría su naturaleza contradictoria. ¿Qué necesidad tenemos de esperar aún treinta siglos para saber que cuanto más se desarrolla la concurrencia, tanto más tiende á reducir el número de los concurrentes?

«La segunda es, que es infiel la pintura que de ella se hace, y no se tiene bastante en cuenta lo mucho que se ha generalizado el bienestar hasta entre las clases trabajadoras.»

Si hay socialistas, que desconocen el lado útil de la concurrencia, V. por su parte no hace mención alguna de sus perniciosos efectos. Como el testimonio de los adversarios de V. viene á completar el suyo, la concurrencia aparece en toda su claridad, resultando para nosotros la verdad de una doble mentira.—En cuanto á la gravedad del mal, no tardaremos en ver á qué hemos de atenernos.

«La tercera es, que no se atribuye á sus verdaderas causas el mal que experimentan las clases trabajadoras.»

Porque haya otras causas de miseria que la concurrencia, ¿ha de poder negarse que la concurrencia contribuye por su parte á crearla? Cuando no hubiese cada año más que un industrial arruinado por la concurrencia, con tal que estuviese reconocido que su ruina es efecto necesario del principio mismo, la concurrencia como principio no podría ménos de ser rechazada.

«La cuarta es, que los principales medios para obviarla no serían sino expedientes.»

Posible es esto: mas de aquí concluyo que la insuficiencia de los medios propuestos le imponen á usted un nuevo deber, el de buscar los medios más expeditos para prevenir los males de la concurrencia.

«La quinta, por fin, es que los verdaderos remedios, en cuanto es posible remediar por leyes el mal, estarían precisamente en el régimen que es causa de haberlo producido, es decir, en un régimen cada día más real de concurrencia y de libertad.»

Pues bien, paso por ello. El remedio contra la concurrencia, según V., es hacer universal la con-

currencia. Mas para que la concurrencia sea universal, es preciso procurar á todo el mundo los medios de concurrir, es preciso destruir ó modificar el predominio del capital sobre el trabajo, cambiar las relaciones entre oficiales y maestros, resolver, en una palabra, la antinomia de la division y las máquinas; es preciso ORGANIZAR EL TRABAJO. ¿Puede V. darme esa solución?

El Sr. Dunoyer desarrolla luego, con un valor digno de mejor causa, su utopia de concurrencia universal, laberinto donde el autor tropieza y se contradice á cada paso.

«La concurrencia, dice el Sr. Dunoyer, encuentra una multitud de obstáculos.»

Los encuentra, en efecto, en tan gran número y tan poderosos, que llega á hacerse imposible. Porque ¿qué medio hay para triunfar de obstáculos inherentes á la constitucion de la sociedad, y por lo tanto, inseparables de la concurrencia misma?

«Hay, además de los servicios públicos, cierto número de profesiones cuyo ejercicio ha creido el gobierno deber reservarse más ó ménos exclusivamente; las hay en número más considerable que las leyes han convertido en monopolio de un limitado número de individuos. Las entregadas á la concurrencia están sujetas á formalidades y restricciones, y á innumerables trabas que están léjos de ponerlas al alcance de todo el mundo, ni de hacerlas por consiguiente objetode una concurrencia ilimitada. Hay, por fin, pocas que no estén sujetas á variados tributos sin duda alguna necesarios...»

¿Qué significa todo esto? El Sr. Dunoyer no creerá, supongo, que la sociedad pueda pasarse sin gobierno, sin administracion, sin policia, sin contribuciones, sin universidades, en una palabra, sin todo lo que la constituye tal sociedad. Luego, puesto que la

sociedad implica necesariamente excepciones á la concurrencia, la hipótesis de una concurrencia universal es quimérica. Hémos aquí puestos de nuevo bajo el régimen de la arbitrariedad, cosa que sabíamos ya por la definicion de la concurrencia. ¿Hay nada verdaderamente serio en los argumentos del Sr. Dunoyer?

En otro tiempo los maestros de la ciencia empezaban por rechazar léjos de sí toda idea preconcebida, y se consagraban á ir reduciendo á leyes generales los hechos, sin jamás alterarlos ni ocultarlos. Las investigaciones de A. Smith son para el tiempo en que se publicaron prodigios de sagacidad y de elevado raciocinio. El cuadro económico de Quesnay, por ininteligible que parezca, revela un profundo sentimiento de la síntesis general. La introduccion al gran tratado de J. B. Say versa exclusivamente sobre el carácter científico de la economía política, y deja ver en cada una de sus líneas cuánto sentia el autor la necesidad de nociones absolutas. Los economistas del siglo pasado no han constituido á buen seguro la ciencia; pero buscaban con ardor y buena fe si podrian constituirla.

¡Cuán léjos estamos de tan nobles pensamientos! No se busca ya una ciencia; se defienden tan sólo intereses de dinastía y de casta. Se obstinan los economistas en la rutina á causa de su misma impotencia, autorizan los más venerandos nombres para dar á fenómenos anormales un carácter de autenticidad que no tienen, tachan de herejía los hechos que les acusan, calumnian las tendencias del siglo, y nada les irrita tanto como que se pretenda raciocinar con ellos.

«Lo particular en los presentes tiempos, exclama con tono de vivo descontento el Sr. Dunoyer, es la agitacion de todas las clases, su inquietud, lo imposible que es que se detengan en nada, ni con nada

se contenten; es el trabajo infernal que se toma con los menos afortunados, para que estén con más disgusto á medida que la sociedad hace mayores esfuerzos para que sean en realidad menos dignos de lástima.»

¡Bravo! ¡Porque los socialistas agujonean la economía política son diablos encarnados! ¿Cabe, en efecto, nada más impío que revelar al proletario que sufre lesion en su trabajo y en su paga y es irremediable su miseria dentro del medio en que vive?

El Sr. Reybaud repite, recargándola, la queja del Sr. Dunoyer, su maestro: diríase que los dos son los dos serafines de Isaías cantando un *Sanctus* á la concurrencia. En Junio de 1844, en el momento en que publicaba la cuarta edicion de los *Reformadores Contemporáneos*, escribía el Sr. Reybaud con toda la amargura de su alma: «A los socialistas se debe la organizacion del trabajo, el derecho al trabajo; ellos són los que han promovido el régimen de vigilancia... Las Cámaras legislativas de uno y otro lado del Estrecho, obedecen poco á poco á su influencia... Así la utopia va ganando terreno...» Y deplora luego el Sr. Reybaud la *secreta influencia* del socialismo sobre los mejores entendimientos, condena ¡véase hasta dónde llega el rencor! el *inadvertido contagio* de que se dejan ganar hasta los que han roto lanzas contra el socialismo. Y anuncia despues como su último acto de justicia contra los malos, la publicacion próxima, bajo el título de *Leyes del trabajo*, de una obra en que probará (á ménos de una nueva evolucion en sus ideas) que las leyes del trabajo nada tienen de comun, ni con el derecho al trabajo, ni con la organizacion del trabajo, y que dejar hacer es la mejor de las reformas. «La tendencia de la economía política no es ya tampoco, añade el Sr. Reybaud, hácia la teoría, sino hácia la práctica. La parte

abstracta de la ciencia está ya definitivamente fijada. La controversia sobre las definiciones está agotada ó poco ménos. Los trabajos de los grandes economistas sobre el valor, el capital, la oferta y la demanda, el salario, las contribuciones, las máquinas, el arriendo, el aumento de poblacion, la exuberancia de productos, los mercados, los bancos, los monopolios, etc., etc., parecen haber tocado el límite de las investigaciones dogmáticas, y forman ya un conjunto de doctrinas más allá del cual hay que esperar bien poco.»

*Facilidad para hablar é impotencia para razonar*, tal hubiera sido la conclusion de Montesquien sobre ese extraño panegirico de los fundadores de la economía social. ¡LA CIENCIA ESTÁ YA CONSTITUIDA! Lo jura el Sr. Reybaud, y lo que él proclama con tanta autoridad, se repite en la Academia, en las cátedras, en el Consejo de Estado, en las Cámaras; se publica en los periódicos; se lo hacen decir al rey en sus discursos de año nuevo, y en su consecuencia, son juzgados por los tribunales los que á ellos recurren.

¡LA CIENCIA ESTÁ CONSTITUIDA! ¿Qué locura es, pues, la nuestra, oh socialistas, que buscamos la luz en pleno mediodía, y protestamos con la linterna en la mano contra el brillo de esos soles?

Pero créanme Vds., señores; con sincero pesar y con profunda desconfianza de mí mismo, me veo obligado á pedirles algunas explicaciones. Ya que no pueden Vds. remediar nuestros males, dénnos ustedes siquiera buenas palabras, dénnos la evidencia, dénnos la resignacion.

«Es obvio, dice el Sr. Dunoyer, que la riqueza está infinitamente mejor repartida en nuestros dias de lo que ha estado nunca.»—«El equilibrio de los goces y de las penas, añade al punto el Sr. Reybaud, tiende siempre aquí abajo á restablecerse.»